

# EL ESPÍA DE LA NOCHE

Etxekide escuchó el aullido lastimero del gato cuando se inclinaba a arrancar las dhalias. Por un momento dejó de pensar en lo que diría Itahisa sobre lo ocurrido en la *Eskuela* de Astronomía y se incorporó a observar a su alrededor.

No era algo desacostumbrado que los linceos rojos merodearan en la colina, desde que habían sido traídos por el gobierno de la Ciudad para controlar la superpoblación de almiquís. Aun así resultaba intimidante. Aquellos gemidos roncós, malévolos, enfermizos, que no llegaban a tener la fuerza de un rugido ni la intensidad de un maullido, eran capaces de inquietar al más tranquilo.

Etxekide procuró detectar un par de ojos en la oscuridad o bien hacerse de una rama con la que espantar a la pequeña fiera. Su presencia allí representaba un riesgo para las gallinas de los campos cercanos. Sería un gesto de buen vecino ahuyentar al animal.

Cuando pudo verlo, agazapado entre la hierba, ondulando tímidamente su rabo, Etxekide dio un salto agitando los brazos, con lo que logró que el gato montés optara por una rápida huída hacia el bosque. Sonriendo de conformidad, regresó a inspeccionar las dhalias.

En la estación más cálida del año las laderas de la colina de Ciudad Sexta se vestían de estas hermosas flores púrpuras. A Itahisa le agradaría su regalo porque amaba el tenue perfume de las dhalias silvestres.

Etxekide estaba ansioso por contarle. Reprobaría ella su actitud al escuchar accidentalmente la conversación entre las profesoras? La curiosidad lo había llevado a traspasar las reglas de la discreción. La idea no dejaba de fascinarle. Una máquina para espiar la noche que durante el día se convertía en una trampa peligrosa, capaz de producir severas quemaduras. La puerta entreabierta del salón de profesores le había permitido escuchar la explicación de la Decana, los detalles del diseño de los discos y las opiniones descreídas de los profesores. Se requería una gran cantidad de bronce blanco para fabricar el espía de la noche. Una cantidad casi imposible de obtener en Ciudad Sexta.

Etxekide apuró el paso, portando el rebosante manojó de flores. La *etxea* de Itahisa situada en lo alto de la colina se distinguía por el portentoso farol de aceite que iluminaba la entrada. Más allá, sobre las palmeras, las estrellas iniciaban su giro nocturno en torno a la *izar-multzo* de la Lira.

Al aproximarse a la casa, Etxekide notó algo que lo obligó a detenerse. El dormitorio principal estaba iluminado y a través de la ventana se veían los pies de Itahisa. Entre las piernas flexionadas en el aire, alcanzó a ver una cabeza de cabellos rubios.

Etxekide quedó estático, con el ramo de dhalias en su mano, intentando componerse.

Por qué ella no le habría advertido que recibiría visitas ? No era extraño que Itahisa hubiera convocado a alguien a su cama. Lo insólito era que ella no le hubiera avisado... o al menos le hubiera hecho saber que tendrían compañía.

Esa había sido la norma desde que ambos tenían catorce años. Etxekide dormía con Itahisa todas las noches luego de cenar juntos. Las excepciones se anunciaban previamente para que él o ella pudieran aprovechar la ocasión con otro amante.

Itahisa no faltaría a la norma, a menos que se tratara de Zebensui. Pero Zebensui jamás iría a la *etxea* de Itahisa. Para ambos era un problema. Solían encontrarse en el bosque o en la playa, donde nadie los vería juntos. El más conocido de los sirvientes de la Alta Sacerdotisa Guaxara tenía obligaciones que cumplir que no incluían visitar a una joven de diecisiete años de conocida pertenencia a la oposición política. Y para Itahisa era un desprestigio frecuentar al esbirro de Guaxara, por más indiscutiblemente atractivo que fuera.

Etxekide dejó caer las dhalias al suelo y dio pasos sigilosos hacia la ventana hasta recostar su espalda contra la pared.

Itahisa gemía sus placeres en la forma habitual. Los sonidos sugerían que el desconocido visitante estaba paseando su lengua por las zonas sensibles de la entrepierna de su amada. Nada indicaba que la actividad estuviera por terminar. Etxekide sintió una molestia en su propia entrepierna, ascendiendo hasta confundirse con el fastidio que lo inundaba. Entonces oyó que ella lo nombraba, amorosamente, apasionadamente.

Efectivamente, era el esbirro.

Por segunda vez en el día Etxekide se encontraba escuchando una conversación a escondidas. Y por segunda vez la curiosidad se le imponía. Qué tendría ese Zebensui de maravilloso como para que Itahisa perdiera la sensatez? Cuál sería el secreto de su fama?

Tenía que averiguarlo. Giró sobre sí mismo para investigar sin ser visto lo que ocurría en el dormitorio.

Zebensui, en cuclillas, recorría con sus labios los muslos de Itahisa, apenas rozándolos. Ella murmuraba su regocijo con los ojos cerrados. Etxekide solamente podía ver la fornida espalda de Zebensui cubierta por su larguísima cabellera blanca, sus nalgas de atleta y las plantas de sus pies. Podía también sentir la excitación de Itahisa, no por lo visible, sino por su propia experiencia de tantas noches, en esa misma cama, con esos mismos muslos.

La excitación que crecía, que irrumpía, que imponía una satisfacción más intensa, que demandaba la penetración. Etxekide esperaba que ello sucediera pero no fue así. El esbirro continuaba besando las piernas de Itahisa mínimamente, con una parsimonia asombrosa y a ella no parecía disgustarle.

Los fastidios se congregaban en el pecho y la cabeza de Etxekide. A la frustración del encuentro, la conversación y la cena, se le habían sumado la irritante presencia del magnífico Zebensui y su comedia de actividad entre las piernas de Itahisa. Sintió el impulso de entrar por la ventana y desalojar al sustituto que Itahisa había elegido esa noche, pero se contuvo. Algo le hizo mirar en dirección contraria con la rara sensación de ser visto, de que su indiscreción al fisgonear estaba teniendo un testigo.

Tasirga, la vecina de la *etxea* contigua, lo estaba observando, apoyada en el marco de su puerta, con la cabeza ladeada sobre su hombro como indicando intriga o preocupación.

A pesar de vivir al lado y de que ambos asistían a la *Eskuela* de Astronomía, Etxekide no tenía mucho trato con Tasirga. En realidad no tenía mucho trato con las vecinas que pertenecían a los *klanak* de la Serpiente que sostenían al gobierno de Guaxara. Durante años habían estado en bandos enfrentados. Ellas habían contado con apoyo del gobierno de la Ciudad, mientras que las opositoras habían tenido que pelear durante años para poder construir sus casas. Las de la Serpiente habían manejado en

forma deficiente los recursos comunes. Las de la Serpiente eran además amigas de los sirvientes del Palacio, en particular del más célebre de todos ellos, quien se encontraba en ese instante aplicado a la tarea de lamer los dedos de los pies de Itahisa.

Tasirga le hizo señas con un dedo. Etxekide dudó por un momento de que estuviera burlándose. Tasirga era una mujer agradable, simpática, pese a ser de la Serpiente y pese al tamaño desproporcionado de sus dientes. Qué quería ? Ella repitió la señal, esta vez inequívoca, llamándolo.

Resignándose, Etxekide caminó lentamente los diez pasos que los separaban.

Sin decir una palabra, ella lo tomó del brazo y lo hizo entrar. En el hogar, el fuego calentaba un pequeño caldero. Le hizo otra seña para que se sentara, mordiendo una sonrisa.

Etxekide se sentó. Tasirga lucía una *brusa* de algodón holgada que no disimulaba las formas cónicas, singularmente puntiagudas, de sus pechos. Etxekide no pudo evitar detener la vista en su escote.

— Cómo te fue esta tarde en la *Eskuela* ?

La pregunta descolocó a Etxekide.

Esperaba que Tasirga lo interrogara sobre la incómoda situación en la que lo había encontrado o que se burlara de su bochornosa actitud en la ventana. Se sintió aliviado por la gentileza. Ensayó una respuesta trivial que ella recibió como si hubiera dicho algo importante, sentándose a su lado y animándolo a continuar. Etxekide leyó expectación en la mirada de su vecina. Sus enormes ojos le resultaron amistosos y se le antojó que ella era una mujer hermosa cuando tenía la boca cerrada. De a poco se fueron disolviendo sus prevenciones. Necesitaba compartir con alguien lo ocurrido en la *Eskuela*.

Obviando algún detalle, Etxekide fue construyendo el relato. De cómo la Decana había enseñado el lienzo a sus colegas. De las posibilidades que otorgaba enfrentar dos espejos curvos a la distancia apropiada. De la importancia del orificio central en el más grande de los discos para permitir el lugar de observación.

Tasirga entendió perfectamente la explicación, adelantándose en las conclusiones, cosa impensable si Itahisa hubiera sido la interlocutora. Tasirga sabía las propiedades de una curva de proyectil y cómo podía dibujarse a partir de una recta y un punto, o también haciendo un corte a una forma cónica. Etxekide expresó su aprobación tratando de no fijarse en la forma de los pechos que tenía enfrente. Dos curvas de suave concavidad. Un dispositivo ingenioso para inspeccionar las estrellas. Tasirga se levantó y tomando una cuchara sirvió dos cazuelas de sopa de papayas.

Ella se sentó en el piso sobre una piel de cordero, con las piernas cruzadas, a sus pies. Alternando ruidosos sorbos a la sopa de papayas afirmó enfáticamente que el gobierno de la Ciudad aprobaría la partida de bronce en cuanto la *Eskuela* de Astronomía la solicitara. Desestimó las objeciones de Etxekide al respecto. Ciudad Sexta contaba con su propia cantera de cobre y sin dudas la remesa de plata necesaria para fabricar los discos podría traerse del Continente.

Aunque le sonara ingenuo, Etxekide saludó su entusiasmo. Las chicas de la Serpiente elogiaban al gobierno de la Ciudad con la misma pasión que las opositoras lo denigraban. Optó por no continuar la discusión. Optó por felicitar a su anfitriona por la cena y agradecer su hospitalidad.

Ella le devolvió una sonrisa de satisfacción.

— Eres bienvenido a mi *etxea*, Etxekide. Yo puedo darte esta noche todo lo que ella no te da.

Etxekide no supo qué decir. Tasirga lo miraba divirtiéndose de su timidez. Como evidenciando sin palabras el deseo de complacerlo y el disfrute de tenerlo confundido. Precisamente a él. Al compañero de Itahisa, de la insolente líder de las vecinas opositoras, quien se encontraba gozando a Zebensui a unos pasos de distancia.

Tasirga apoyó cariñosamente una mano en la rodilla de Etxekide, sin dejar de mirarlo. Con su otra mano desanudó el lazo de su *brusa* para otorgarle una mejor perspectiva de su escote, deleitándose de la fascinación que provocaba.

Tasirga continuaba sonriéndole. Itahisa había elegido al esbirro. Las dhalias púrpuras arrojadas en el jardín. Etxekide no logró articular una frase. Esos exóticos pechos lo excitaban de una forma que no lograba explicarse. Deseaba tocarlos, sentir su dureza, palpar esas cumbres protuberantes.

Tasirga apoyó cariñosamente su cara contra la mano de Etxekide, cerrando los ojos, buscando sus caricias. Él se sintió halagado por su disposición. Tomando con delicadeza sus cabellos, descendió por su nuca hasta el hombro y desde el hombro a su escote, para indagar aquellos pechos inusitados, extrañamente atractivos.

Ante los primeros roces, ella reaccionó de un modo intempestivo, rompiendo el silencio con exclamaciones de placer que motivaron a Etxekide a ser más atrevido. Se inclinó hacia adelante, le quitó la *brusa* y la tomó con firmeza, apretándola hacia sí, buscando su boca, encontrándola, ávida, húmeda y con sabor a papayas. Las lenguas se dieron una eufórica bienvenida y Etxekide sintió que la dureza de su *zakil* se encontraba con las manos de aquella mujer a la que nunca había prestado demasiada atención y que ahora se le ofrecía ardorosa.

Las manos femeninas procedieron a explorar con acierto las partes masculinas de Etxekide con tactos sutiles, con prodigiosa ternura, incrementando su excitación. Ella, sin dejar de mirarlo, fue acercando sus labios al erguido *zakil*, hasta besar su esplendor.

El tiempo transcurrió imperceptible para Etxekide, desafiado por el contrasentido de hallarse con una mujer equivocada en una noche equivocada. Eran certeras las intensas señales que las manos y la lengua de Tasirga provocaban entre sus piernas, acercándolo a la explosión. Era certera la oscilación de sus pechos cónicos y también certeros sus cabellos color miel que cubrían desordenados su rostro. Era exasperante de tan certero su placer.

Las piernas le temblaron anticipando su culminación. Tasirga usaba sus dos manos con la habilidad de una experta. Alternando berridos de deleite, Etxekide comenzó a derramarse en aquella boca de grandes dientes y extraordinaria lengua. A vaciarse en incontables espasmos, en sucesivas ofrendas de su esencia masculina, hasta quedar exhausto.

Ella no se detuvo. Atenuando el ritmo de sus caricias, hizo regresar el semen desde su boca al *zakil*, impregnándose las manos para hacer resbaladizos los mismos movimientos, los mismos roces, ahora más lentos. Un instante más tarde, cuando Etxekide volvía a abrir los ojos, ella dejó de acariciarlo para tocarse a sí misma, a embadurnar sus pechos firmes y su *natura* humedecida, extendiendo la viscosa esencia sobre su delicada piel de diecisiete años.

Tasirga se dirigió a la puerta y apenas abriéndola, espío la situación en la casa contigua.

— El divino de Zebensui sigue ahí, con tu compañera. He calentado agua en el caldero. Gustarías bañarte conmigo, Etxekide ?

Etxekide murmuró una vez más su agradecimiento a la proliferación de gentilezas de su vecina. Estiró sus brazos antes de ponerse de pie y ayudar a trasladar el caldero a la cabina de baño.

Ella lo desvistió, derramó sobre su cabeza varias jarras de agua tibia y frotó su cuerpo con crema de lejía, antes de volver a sorprenderlo con una invitación insólita.

— Quiero que vayamos juntos al Palacio.

Etxekide miró a Tasirga confundido. El Palacio de Gobierno de Ciudad Sexta era un recinto exclusivo para mujeres, particularmente para quienes apoyaban el gobierno de la Alta Sacerdotisa Guaxara. Los únicos varones que podían entrar al Palacio, también llamado el Club de la Serpiente, eran los sirvientes. Dos veces sesenta sirvientes, de entre catorce y veinticuatro años, componían el séquito de Guaxara y eran los animadores de las frecuentes fiestas nocturnas que allí tenían lugar. Para el resto de los residentes masculinos de Sexta, el Palacio no era sino un intangible conjunto de leyendas.

— Qué estás diciendo, Tasirga ? Tú sabes bien que no puedo entrar allí.

— No puedes entrar. A menos que yo consiga que puedas entrar.

— Y por qué harías eso ?

— Porque me has contado una historia en la que no creo, Etxekide. No creo que la Ciudad le niegue a la *Eskuela* de Astronomía una partida de bronce para fabricar el espía de la noche. Y como yo no creo en lo que tú dices y tú no me crees a mí, tendremos que averiguar quién está en lo cierto.

— Pero ... estás diciendo de ir ... ahora ?

Tasirga sonrió con picardía.

— Por qué no ? Dime, es que tienes otro plan ?

Etxekide no tenía otro plan. Pensó que quizás Tasirga había tenido la intención de salir aquella noche.

— Tú pensabas ir a una fiesta esta noche ?

— Tenía previsto ir a una fiesta, pero luego ocurrió que me encontré a un apuesto muchacho en una situación ... inconveniente. Entonces lo invité a entrar a mi casa y tuve una fiesta maravillosa con él, pero ahora ...

— No es un poco tarde ?

— No. Jamás es tarde para ir al Palacio. Si ni siquiera es medianoche.

— La fiesta no estará terminando ?

Tasirga lanzó una carcajada, luciendo su prominente dentadura.

— Tú no entiendes, Etxekide, no tienes ni idea. La fiesta comienza cuando yo llego.

Etxekide admitió que no entendía. No lograba entender el propósito de Tasirga, ni tampoco su risa sarcástica. La idea de que ella pudiera gestionarle el ingreso al Palacio le resultaba inverosímil y la posibilidad de que alguna sacerdotisa se dispusiera, en el transcurso de una fiesta, a discutir la política de suministro de bronce, le parecía inconcebible. Absurdo, como todo lo que había ocurrido aquella noche.

Si no seguía a Tasirga en su alocada idea, debía resignarse a ir a dormir a la *etxea* de su madre Nekane, donde siempre lo esperaba una cama. Era una alternativa enojosa con dieciocho años cumplidos. Pero la única cierta. Itahisa estaba con el esbirro.

La propuesta de Tasirga era alocada, pero le intrigaba. La perspectiva de ver con sus ojos lo que realmente acontecía en el Palacio era un privilegio que muchos amigos varones envidiarían.

Después de vestirse, se dejó llevar por Tasirga fuera de la casa y hacia el oscuro bosque de la colina, detrás del cual se recortaba el más lujoso de todos los edificios de Ciudad Sexta: el Club de la Serpiente.

Tasirga dio instrucciones a Etxekide para que se ocultara detrás un arbusto, a unos cuarenta pasos del Palacio. Enfáticamente le dijo que se quedara esperándola allí, sin moverse y sin ser visto. Etxekide tomó asiento en una piedra y vio a Tasirga alejarse y golpear la majestuosa puerta, que se abrió de inmediato para permitirle la entrada.

La música de tambores se escuchaba nítida. Etxekide leyó el cielo estrellado verificando que aún no era medianoche. Luego de un rato vio pasar a un grupo de mujeres, elegantemente vestidas, conversando calmadamente hasta llegar al portón de gruesa madera y fuertes herrajes. Tiempo más tarde salieron otras mujeres, con los cabellos desordenados y riendo de manera desahogada, como afectadas por el licor. Etxekide empezó a impacientarse.

Afortunadamente la tibieza de la noche acompañaba la espera y la belleza del firmamento le agradaba la vista. Qué estaría haciendo su vecina devenida en amante? Qué habría querido significar su frase: "La fiesta comienza cuando yo llego"? A Etxekide se le ocurrió sospechar que Tasirga estaba un poco trastornada y que él estaba siendo un tonto por seguir sus desvaríos. Aguardaría un tiempo prudencial antes de marcharse de allí. Volvería al otro lado de la colina a cerciorarse de que el esbirro continuaba lamiendo los pies de Itahisa, y en tal caso, atravesaría la ciudad hasta su casa materna.

Cuando la *izar-multzo* de la Osa señalaba la medianoche, Etxekide se puso de pie, decidido a dar por finalizada aquella ridícula espera. Fue entonces que Tasirga salió del Palacio y vino corriendo hacia él.

El esperable reproche no condecía con la expresión radiante de su rostro.

— Te pedí que me esperaras escondido !

— Me estaba yendo.

— No te vas, Etxekide. Vienes conmigo. No te imaginas lo que ha ocurrido.

Tasirga se veía eufórica y Etxekide tuvo la certeza de que estaba trastornada.

— Qué ha ocurrido ?

— Ni te lo imaginas, ... alguien quiere hablar contigo. Ven !

— Alguien ?

— No me lo vas a creer. Así que ven, por favor.

A Etxekide comenzaba a irritarle su vecina y su costumbre de llevarlo del brazo a todos lados.

— Hazme tú el favor, Tasirga. Dime quién quiere hablar conmigo.

Ella lo miró con severidad.

— Por qué desconfías de mí ? Acaso te he tratado mal esta noche ? Acaso no te he recibido en mi casa, acaso no te he complacido ?

Él se sintió incómodo ante la interpelación y no se atrevió a responder. Ella volvió a hablar.

— Haremos esto. Vamos a golpear esa puerta. Se me preguntará quién eres y yo te presentaré. Si no te permiten entrar, podrás irte. Pero si nos abren, entrarás conmigo. Es así de sencillo, Etxekide, nada tienes que temer.

La enorme puerta se abrió. Un sirviente de espalda ancha, vestido con un pañuelo que apenas cubría sus atributos masculinos les flanqueó la entrada, mirando a Etxekide con desprecio.

Tasirga hizo la presentación.

— Viene conmigo Etxekide, del *Klan* de Nekane.

El portero cambió su expresión enojada para dar lugar a una mueca de fingida cortesía, y los dejó pasar.

Ingresaron a una inmensa sala llena de gente.

Etxekide había escuchado muchos relatos de la grandiosidad del Palacio y del desenfreno de sus fiestas, pero era bien diferente verlo con sus ojos. Admiró los travesaños colgantes de bronce de formas sinuosas, sobre los que se posaban cantidad de lámparas de aceite. Ocupando uno de los lados del salón resaltaba una soberbia chimenea de piedra decorada con un monumental relieve de una mujer desnuda sometiendo a una serpiente. Los sirvientes entregaban los manjares directamente a la boca de las mujeres y ellas los recompensaban con palmadas en las nalgas. En el lado opuesto, otros sirvientes tocaban instrumentos musicales y bailaban en exageradas contorsiones.

Tasirga lo empujó a través de la multitud. Etxekide se asombró al descubrir que dos mujeres charlaban de cuestiones religiosas mientras esparcían despreocupadamente descargas de semen recibidas en sus rostros. Recién entonces notó que varias de las asistentes tenían sus vestidos salpicados. Cómodamente sentada en un asiento de cuero color púrpura, una sacerdotisa levantaba su falda para que un sirviente la complaciera lamiendo su *natura*.

Tasirga se detuvo cuando alcanzaron un pórtico que comunicaba a un patio interior.

— No confiabas en mí, Etxekide. Pero aquí estamos.

Él se hallaba demasiado abrumado como para discutir lo obvio. Caminaron por una galería de columnas de mármol hasta toparse con una puerta de bronce. Ella volvió a darle instrucciones.

— Tras esa puerta está la persona que quiere hablarte. Cuando hayas terminado, me buscas en el salón de entrada.

Etxekide quiso protestar pero ella le besó los labios, le dio la espalda y rápidamente regresó a la fiesta. La puerta dorada se abrió de inmediato. Era el mismo fornido sirviente con el mismo aire despectivo. Le hizo señas para que entrara y se alejó por la galería al igual que Tasirga.

Etxekide dio unos pasos cautelosos ingresando a la cámara en la que reinaba un perfume vegetal intenso, exquisito. Un par de lámparas iluminaban el ambiente, decorado con refinados enseres de madera oscura. Junto a una ventana cerrada, una mujer muy alta, en finos atuendos sacerdotales, lo observaba con una copa en su mano.

Quedó rígido al reconocerla. Era ella, la Suprema, la máxima autoridad de la Ciudad, la Alta Sacerdotisa Guaxara.

Etxekide había visto muchas veces a la Alta Sacerdotisa en las masivas ceremonias religiosas, pero nunca había estado cerca de ella. Su estilo de gobierno dividía radicalmente las opiniones de los ciudadanos. Para la mitad de la población que la amaba, ella tenía la belleza y sabiduría de una diosa. Para la mitad que la odiaba, Guaxara era el símbolo del atraso y de la humillación de Ciudad Sexta.

Nunca había estado tan cerca de ella. Su presencia era impresionante. Parecía aun más alta. Los cabellos grises le agregaban distinción a las líneas de su rostro, las piedras de su tiara sacerdotal brillaban como estrellas y su cuerpo esbelto, perfectamente torneado pese a sus cincuenta y ocho años, se adivinaba a través de la transparencia de su túnica.

Ella no le dio la bienvenida. Solamente lo observó curiosa. Se acercó a él y tocó sus hombros, luego apreció los músculos de sus brazos, le acarició el pecho y por último fue a probar la firmeza de sus nalgas. Completada la inspección se dirigió a una mesa pequeña, tomó una jarra, llenó una segunda copa con un líquido color ámbar y la ofreció a Etxekide, que permaneció inmóvil, pasmado, atónito, parado en el centro de la habitación.

Guaxara aguardó a que Etxekide diera unos sorbos a la copa antes de iniciar la conversación.

— Por qué has venido a mí, Etxekide ?

Él atinó a confesar que no había ido, sino que lo habían llevado, pero se arrepintió antes de pronunciar una palabra. No lograba captar las razones de Guaxara para recibirlo en persona, en un sitio vedado para los hombres, a medianoche y durante una fiesta.

Optó por ir directamente al asunto.

— He venido a solicitar una partida de bronce para la *Eskuela* de Astronomía, Sacerdotisa Guaxara.

A ella pareció disgustarle su respuesta.

— No, mi querido. No has venido por eso.

Etxekide balbuceó su confusión.

— No ... he ... venido ... por ... eso ?

— No, Etxekide. Ha sido tu luz la que te ha traído hasta aquí.

— Mi ... luz ?

— Efectivamente. Tu luz llegó a la *etxea* de Itahisa al comenzar esta noche, no es cierto ?

Etxekide quedó perplejo.

— Ehhh ... yo ...

Guaxara prosiguió.

— Tu luz no pudo entrar. Se vio reflejada. Entonces tu luz se desvió hacia la *etxea* vecina, no es cierto ?

Etxekide se encogió de hombros aturdido, resignado a que Guaxara le interpretara los acontecimientos recientes de su vida.



— Es cierto, Sacerdotisa Guaxara.

— Bien, me alegro que empieces a entenderlo. Fuiste entonces con la simpática Tasirga. Y qué ocurrió ? Ella recibió tu luz como te merecías. Tasirga tiene en inteligencia lo que le falta de belleza. Ella comprendió lo que debía hacer y lo hizo bien. Ella trajo tu luz hasta mí. Lo entiendes ?

— No ... no estoy seguro de haberlo entendido, Sacerdotisa Guaxara.

— Mi querido Etxekide, bebe un trago a ver si te espabilas. De qué estamos hablando ?

Etxekide obedeció la orden. Aquella extraña cerveza color ámbar era deliciosa, pero no le ayudó a aclarar sus ideas.

— Estamos hablando de ... mi luz ?

Guaxara dejó la copa en la mesa y tomó a Etxekide de la cintura. Lo hizo girar hasta enfrentarse a un gran espejo de bronce pulido. Etxekide pudo verse a sí mismo de cuerpo entero, rodeado por los brazos de la Alta Sacerdotisa. Pudo gustar intensamente su perfume. Pudo sentir los pechos que se apoyaban en su espalda. Pudo verla a ella también en el espejo, por primera vez sonriéndole. Tuvo un sobresalto cuando Guaxara le dio un suave mordisco en su oreja, antes de susurrarle:

— Espejos, Etxekide, estamos hablando de espejos.

Etxekide ya había renunciado a comprender aquella conversación. Bebió otro sorbo de cerveza e intentó cambiar de tema.

— Qué es ese perfume tan ... rico ?

Guaxara pareció sentirse halagada.

— Te gusta ?

Él asintió. Ella fue a una repisa y trajo un frasco pequeño, una miniatura de ánfora. Sin que Etxekide pudiera negarse, volcó el aromático contenido sobre su cabeza y comenzó a extenderlo con caricias por su cuello y sus hombros.

— Es Xanat, Etxekide, esencia de vainilla de orquídeas negras. Cuenta la antigua leyenda que el amante murió y volvió a nacer como un vigoroso arbusto. La amante también murió y se convirtió en una delicada liana de orquídea negra, para poder abrazar dulcemente al arbusto, a su amado. Desde entonces lo llamamos Xanat.

Mientras las manos de la Alta Sacerdotisa lo frotaban con aquel bálsamo vegetal, Etxekide se fijó en su escote. Los pechos de Guaxara no se parecían a los de Tasirga. Sus formas eran redondas como las de una cúpula, como las formas de esas copas de embriagante bebida color ámbar. Las partes masculinas de Etxekide dieron señales de responder al despliegue de provocaciones. Ya dejaba de preguntarse qué estaba haciendo en ese lugar, por qué Guaxara tomaba tanto empeño en manosearlo ... por qué Tasirga ... por qué Zebensui ... por qué Itahisa.

— Ven, Etxekide. Hay algo que quiero mostrarte.

Salieron de la habitación, caminando por una de las galerías que bordeaba el patio. Por una escalera de mármol llegaron a la planta superior. Etxekide seguía a la Alta Sacerdotisa fijado en el movimiento de sus partes traseras, visibles a través de la delicada tela de su túnica. En el extremo del siguiente corredor subieron otra escalera más angosta y empinada por la que se accedía a una terraza.

Desde allí alcanzaban a verse las luces nocturnas del puerto. Etxekide quedó encantado con la vista, de un lado el puerto, del otro el inmenso mar oscuro y por encima, el estupendo manto de estrellas.

— Te gusta ?

Él asintió. Tomándolo de la mano, Guaxara lo guió por el contorno de la terraza que daba al mar hasta alcanzar el lado este de la azotea del Palacio. Entonces ella se detuvo sonriéndole. Cuando él lo vio, quedó boquiabierto.

Apoyado en el piso había un gigantesco disco de bronce blanco. Un descomunal espejo circular con suave curvatura, perforado en el centro, inclinado para mirar al cielo. Y a cinco pasos, otro espejo curvo más pequeño, enfrentado al primero, sostenido a gran altura por un poste y varias sogas.

Etxekide no daba crédito a sus ojos. Allí estaba. No era un dibujo en un lienzo. Era real. Era perfecto. Era el espía de la noche.

— Te gusta ?

Él asintió. Regodeándose, Guaxara lo condujo detrás del espejo principal. Lo hizo sentarse en el piso, de espaldas a una pared de piedra negra que despedía calor.

— Cuídate de no tocar la pared porque puedes quemarte. Observa a través del orificio hacia el espejo pequeño y verás el cielo como nunca lo viste.

Etxekide pudo ver el cielo nocturno como nunca lo había visto. Las estrellas lucían nítidas, hermosas. Pero eso no era lo más impresionante. Había infinidad de estrellas más pequeñas en el firmamento. Pudo reconocer las *izar-multzo* del Ánfora y del Bisonte sumidas en colecciones de estrellas menos brillantes y rodeadas de aglomeraciones desconocidas.

Etxekide continuó observando, extasiado. Separadas por un instante, vio pasar dos estrellas fugaces en direcciones opuestas, suceso que celebró con exclamaciones de asombro.

— Te gusta ?

Él asintió.

— Esto es ... maravilloso, Sacerdotisa Guaxara.

Ella se mostró contenta.

— Aún no has visto todo lo que quiero mostrarte, mi querido Etxekide.

Etxekide la miró con aprensión. No era posible que Guaxara pudiera mostrarle algo más asombroso de lo que ya había visto aquella noche. No era posible que ocurrieran más cosas inesperadas aquella noche. Ella sostuvo su mirada y comenzó a hablarle en tono solemne.

— Tú sabes, Etxekide, que el Dios Egu, el hijo de nuestra Diosa Ama, se nos hace presente cada día en la forma de *eguzki*, el sol. El sol es la luz y el calor de nuestras vidas. Es la energía masculina que nos viene de Egu. Tú sabes, Etxekide, que esa energía es muy poderosa. Necesitamos de ella para vivir, ciertamente. Pero al mismo tiempo debemos cuidarnos de ella, debemos controlarla. Entiendes lo que te digo, Etxekide ?

Él no entendía, pero supo disimularlo. Ella continuó.

— Qué ocurriría si no controláramos la energía masculina ? Qué ocurriría si los hombres nos gobernarán ? Puedo decírtelo con certeza, Etxekide. Viviríamos como las bestias, matándonos unos a otros, comiéndonos los unos a los otros. Viviríamos en los árboles aullando como los gatos monteses. No tendríamos una Religión que propicia la convivencia placentera entre mujeres y hombres. No dominaríamos las Ciencias de la Navegación, del Cultivo, de la Música, ni de la *Eskritura*. No habríamos construido la

civilización más avanzada que ha existido sobre esta Tierra. No podríamos leer las estrellas como tú puedes hacerlo, Etxekide. Ni tendríamos los conocimientos para fabricar una máquina como ésta, que nos permite espiar las maravillas de la noche.

La vehemencia del discurso de la Alta Sacerdotisa inhibía cualquier comentario. Etxekide se percató que sus pendientes de plata con forma de serpiente oscilaban como péndulos mientras ella gesticulaba su alegato.

— Somos lo que somos, Etxekide, porque hemos aprendido a controlar la energía masculina. Porque hemos sabido someter a *eguzki*, porque hemos logrado dominar al sol. Fíjate en esa pared detrás de ti. Si intentas tocarla te quemará los dedos. Sabes tú que en este Palacio hay más de treinta habitaciones ? Sabes que en cada habitación hay una tina de baño ? Sabes que cada una de esas tinas está llena de leche caliente ? Cómo crees que podemos mantener treinta tinas de leche caliente en cualquier momento de la noche ?

Entre tantas cosas que le resultaban incoherentes, Etxekide creyó tener la respuesta a aquella desatinada pregunta.

— Porque hay muchas cabras que dan leche todos los días ahí afuera. Y porque los sirvientes ponen a calentar la leche ordeñada en calderos cerca de un fuego.

— No, Etxekide. No calentamos la leche con leña. Fíjate bien. Acaso puedes ver humo saliendo de las chimeneas ?

Etxekide prestó atención a las torres de las chimeneas. Efectivamente no había indicios de humo. Acercó su mano a la pared caliente. Era intrigante.

— No lo entiendo. — Terminó por admitir.

Ella lo miró con ternura. Se acercó y lo besó cariñosamente.

— Esta pared forma parte de un gran recipiente. Un enorme vientre de este Palacio, rebosante de leche, que toma calor al contacto con esta piedra. Lo ves ?

Etxekide observó la piedra. Luego a los discos metálicos que componían el espía de la noche. Por primera vez tuvo la sensación de que las cosas empezaban a tener sentido. Los espejos de bronce que ahora permitían ver las estrellas, durante el día atrapaban el calor del sol y lo dirigían a la pared. La piedra negra retenía ese calor. Al punto de que continuaba extremadamente caliente pasada la medianoche. Era prodigioso. Era increíble.

— Está caliente por ... el sol ?

Guaxara sonrió complacida. Por toda respuesta volvió a besarlo, pero esta vez no retiró su boca. Dejó sus labios ofrecidos para que fuera él quien la besara.

Etxekide deseaba hacerlo.

Mientras ella le acariciaba los cabellos, él se atrevió a besarla con fuerza y fue bien recibido. Buscó su lengua y fue bien recibido. Etxekide jamás había soñado con tocar a la mujer más poderosa de Ciudad Sexta, tan amada como odiada, tan ambicionada como aborrecida. Sin embargo allí estaba con ella. Allí estaba, besando a la Alta Sacerdotisa, a esa mujer cuarenta años mayor, en una terraza del Club de la Serpiente, en una noche cálida signada por sucesos insólitos.

Fue bien recibido por Guaxara cuando sus manos fueron a moldear los pechos redondos a través de la finísima tela. Del mismo modo que habían sido bien recibidos sus tanteos en los pechos punzantes de Tasirga, cuando los acontecimientos insólitos de aquella noche recién comenzaban a suceder. Cuando el amante de la mujer que

ahora lo estaba desvistiendo, se había entrometido entre las piernas de su amada Itahisa. Las cosas empezaban a tener sentido.

Las manos delgadas de Guaxara fueron bien recibidas por su *zakil*. La boca de Guaxara continuó besando, mordisqueando y lamiendo las zonas sensibles cercanas a su oreja, hasta que ella, dejando caer al piso la túnica sacerdotal y colgándose de su cuello, volvió a dirigirle la palabra.

— Tu energía masculina te trajo hasta mí, Etxekide. Ahora me la vas a dar. La quiero toda.

A Etxekide no se le ocurrió discutir semejante demanda. Tomando con firmeza a Guaxara, la elevó del piso, para que ella se sujetara con las piernas en su cintura. Ella maniobró con destreza para que su *natura* anciana pero aun jugosa, recibiera al *zakil* joven y espléndido de Etxekide.

Él disfrutó la penetración tanto como ella. Se detuvo un instante a deleitarse. Retuvo ese momento en su memoria para el resto de su vida. Estaba dentro de la Suprema y ella lo estaba gozando. Luego atinó a moverse, manejando a Guaxara con sus fuertes manos masculinas aferradas a sus nalgas. Haciéndola salir y entrar. Haciendo trepar la excitación por escalones empinados, por espejos de calor, por embestidas de energía masculina.

Guaxara alcanzó su estallido gritándolo, sin importarle que la numerosa concurrencia del Palacio, allá abajo, se enterara. Etxekide continuó sosteniéndola, balanceándola, consumiendo sus fuerzas en cada arrebató, acercándose al momento supremo.

— Dámela Etxekide, tu leche caliente ! dámela ya !

Etxekide no desobedeció. Explotó de inmediato dentro de Guaxara, temblando. Por segunda vez en la noche derramó su goce en estertores. Por segunda vez en la noche entregó su semen a una receptora insospechada. Por segunda vez en la noche quedó exhausto, consumido, vaciado, feliz.

Guaxara aflojó las piernas que lo envolvían, se paró frente a él y lo besó. Recogió su túnica sacerdotal y se la colocó sobre los hombros. Luego, posándose una mano sobre el pecho, le dijo.

— Mi querido Etxekide. Cuando tengas ganas de volver a ver las estrellas ya sabes adonde tienes que dirigirte.

Él no se encontraba en condiciones de responder. Miró por un instante al cielo estrellado para recuperar el aliento. Cuando volvió a bajar la vista, Guaxara ya no estaba.

Etxekide quedó allí, sentado en la terraza, por un rato. Tras recuperar las fuerzas, supo conducirse por pasillos y escaleras de regreso al salón principal, donde la fiesta languidecía.

Tasirga no se hallaba y la concurrencia no se mostraba amable a su permanencia allí. Salió del Palacio. Aguardó otro momento por Tasirga, pero ella no se presentó. El cansancio se extendía por todo su cuerpo. Decidió marcharse.

Comenzó a recorrer el sendero que atravesaba el bosque hacia el otro lado de la colina. Los acontecimientos de la noche se agolpaban desordenados en su memoria. Ya no se oían los tambores del Palacio sino el canto persistente de los grillos. Mientras cruzaba el bosque se sorprendió al ver que una persona se aproximaba, caminando por el mismo sendero en sentido contrario. Quién podría estar yendo al Palacio cuando asomaba la madrugada y la fiesta estaba terminando ?

Cuando lo tuvo enfrente, lo reconoció. Era Zebensui. Era el esbirro que regresaba.

Etxekide no se detuvo, pero sí lo hizo Zebensui. A su vez, él lo había reconocido. Pese a la oscuridad, Etxekide llegó a captar la expresión de asombro en su bonito rostro. Y al dejarlo atrás, también llegó a captar la palabra que a él se le escapó de los labios, esa sola palabra, emitida en tono de perplejidad y hasta de enojo.

— Xanat.

Zebensui había advertido el perfume en el que Etxekide había sido bañado. La esencia de vainilla de orquídeas negras. La amante que abraza dulcemente a su amado. La fragancia preferida de Guaxara.

Etxekide continuó su camino risueño. La situación era graciosa. Sumamente graciosa. Empezó a reírse de su suerte durante aquella noche. Las escenas vividas se le representaban ridículas, grotescas. Perfumes que delataban a las flores, cabras a las que se ordeñaba semen, vasijas emulando pechos femeninos, amantes fugaces cruzando el firmamento. Todos eran espías de la noche. Espías que al mirarse al espejo no se hallaban, porque la superficie curva les devolvía una imagen invertida, indecente, de sí mismos.

Cuando traspasaba los límites del bosque, Etxekide escuchó nuevamente los aullidos del gato montés. Esta vez los gemidos roncós del lince no le resultaron intimidantes, sino jocosos. No se le antojaron malévolos, sino simplemente sarcásticos.

Sin agacharse a recoger una dhalia, Etxekide fue a dormir a la *etxea* de Itahisa.

---

La historia de Itahisa continúa en Parte Cinco

<http://itahisa.info/about/parte-cinco/>

Blog <http://itahisa.info>

Facebook <https://www.facebook.com/ItahisaofAtlantis>

Twitter <https://twitter.com/ItahisaAtlantis>

---